

Prólogo

El libro de los otros trata sobre el carácter. Las instrucciones que recibieron los autores fueron sencillas: «inventate a alguien». Todos los relatos debían llevar por título el nombre de su personaje: «Donal Webster», de Colm Tóibín, «Cindy Stubenstock», de A.M. Homes, «Frank», de A.L. Kennedy, etc. Al hacer el encargo, no se dieron normas sobre género, raza o especie. De esa libertad nacieron «El monstruo», de Toby Litt, y «Cachorro», de George Saunders. Cuando el libro ya estaba bastante avanzado, intenté abogar por el uso de nombres de pila y apellidos, por razones de uniformidad. La idea no cuajó. He aquí la declaración de Edwidge Danticat, convincente en su sencillez: «Creo que la variedad de nombres es buena. Le da un aspecto menos monótono, ya que la gente recibe diferentes nombres por parte de distintas personas.» No se obligó a utilizar apellidos a la «Lélé», de Danticat, o a la «Nigora», de Adam Thirlwell, ni a nadie que no lo deseara. En un caso, el apellido omitido es el secreto deliberado en torno al que gira la historia. En otro —por utilizar la distinción de Simone Weil—, el personaje es un ser humano sagrado y no una «persona» o «personalidad», y su nombre concreto no tiene importancia.

El volumen incluye veintiún relatos, demasiados como para comentarlos uno por uno. Cada cual es una entidad completamente distinta. El libro no pretende defender ninguna tesis o argumento sobre los personajes de ficción. Tampoco tiene como objetivo el «realismo» o el «naturalismo» puros, si es que tales

cosas existen. Sólo esperábamos que el libro fuera una vívida muestra de que hay tantas maneras de crear «personajes» (o negar la posibilidad del «personaje») como escritores. Resulta asombroso ver cómo una idea sencilla toma forma en mentes concretas, siendo el «personaje» principal tan diferenciado como las «otras personas» que pueblan nominalmente estos relatos. Como editora, he intentado conservar la individualidad de cada pieza dejándolas, en términos generales, sin apenas cambios.

No obstante, hay un elemento de su naturaleza que ha sido eliminado: las fuentes tipográficas. Los editores uniformizan las fuentes para adecuarlas al estilo del sello, pero cuando los autores envían sus relatos por correo electrónico, cada fuente cuenta su propia historia. Varios escritores han utilizado variantes de la nostálgica fuente American Typewriter (y son todos norteamericanos), como si la tinta estuviera húmeda y la prensa aún caliente. Tenemos dos usuarios de la elegante y melancólica fuente Didot (ambos británicos), y un autor que centra el texto en una larga y estrecha columna en el centro de la página, como de periódico (y utiliza la Georgia, una fuente que tiene regusto académico). Otros autores han dado a su texto un gigantesco cuerpo de letra 18. Otros se sienten más cómodos con un diminuto 10. Hay infinidad de particularidades extrañas, precisas y en apariencia íntimas que desaparecen a la hora de la publicación: párrafos separados por símbolos gráficos, títulos diseñados de una manera determinada, exclamaciones aumentadas, diálogos centrados, párrafos descentrados, absoluta ausencia de párrafos. Es una pena perder estas composiciones idiosincrásicas y sus sutiles efectos. En cualquier caso, confío en que lo que resta resulte satisfactorio.

Antes de dejar al lector con los relatos, me gustaría referirme brevemente a un asunto técnico, un asunto que por lo general se considera de mal gusto cuando se habla del «arte de la ficción»: el dinero. Este libro es una «antología benéfica», lo que significa que la editora se vio obligada a pedir a los escritores que trabajasen gratis, plenamente consciente de que un relato es como un gas que se expande hasta ocupar todo el espacio del que dispone. Cuando se empieza un cuento es

imposible saber en cuánto tiempo será uno capaz de terminarlo. Podrías tardar un par de horas, o unos días, o cuatro meses, o más. Así ocurrió con este proyecto. Quiero dar las gracias a todos los autores por reservar tiempo —a veces mucho— para hacer algo a cambio de nada. Tradicionalmente, los escritores denuncian la idea misma de escribir de forma no remunerada («No quiero que el mundo me dé nada por mis libros —dijo una vez George Eliot—, salvo dinero que me impida caer en la tentación de escribir sólo por dinero»), pero puede que haya una ventaja ocasional en volver a escribir de nuevo como escribía uno al principio, cuando se trataba únicamente de escribir y no de una extraña variedad de empleo. Resulta liberador escribir una pieza que no tenga nada que ver con lo que escribes, que no tenga por qué insertarse en una novela, ni adaptarse su estilo al gusto de cierta revista, o estar concebida de manera que agrade a la gente que te paga el alquiler. En *El libro de los otros* nos encontramos con autores que prueban no sólo diferentes personalidades sino estilos insólitos y actitudes alternativas, adentrándose en paisajes en los que uno no los habría ubicado previamente. Los recomiendo con la advertencia de que el orden es simplemente alfabético (por personaje). Cada lector puede disponerlos a su antojo.

La beneficiaria de este libro es 826 New York, una organización no lucrativa dedicada a fomentar el desarrollo de las aptitudes para la escritura creativa y expositiva en estudiantes de entre seis y dieciocho años, y a ayudar a los profesores a que animen a escribir a sus alumnos.¹ De manera que *El libro de los otros* representa a personas reales que ponen a gente ficticia al servicio de gente real: un insólito ejemplo de personas ficticias que, por una vez, arriman el hombro.

Zadie Smith
6 de marzo de 2007
Roma

1. Se puede encontrar más información en www.826ny.org.

